

# Juan Ramón Jiménez: Poética y poesía de sus divinizaciones.

## I

En los talleres misteriosos de la poesía-telar o laboratorio o, más sencillamente, molienda con su corolario de molino y horno, la palabra es anheladora de situar a las cosas, busca terca y malheridamente el darlos signos, y esta nombradía final es la transfiguración que transforma al poeta no en aprendiz de brujería sino en auténtico testimonio de demiurgo.

Juan Ramón Jiménez, con aquello que Gaston Bachelard llamó “voluntad de palabra”, es la simbología misma de ese nombrar a todo, existente o imaginario. Es un problema de enfoque de iluminación completa y dentro de una religiosidad nunca ortodoxa sino libre, feliz o dolientemente independiente.

A Juan Ramón Jiménez se va en acercamiento directo, sin protocolo, sin ceremonia alguna. ¿Qué rito sino el de la sensibilidad? ¿O es que al aproximarnos a las realidades más excelsas y más diáfanas y más hermosas en desnudo y en perfección de poesía juanrraminiana, en lo que él calificaba de “vida-obra”, sin frontera imaginaria, necesitamos pleitesía y hasta reverencias? Eso sería

inconcebible. Su vida-obra anduvo entre espontaneidad y trabajo y locuras. Siempre la primera y última locura de la palabra. Como se lee en correspondencia dirigida a Enrique Díez-Canedo, y en el año 1943: "Más que nunca necesitaba de la expresión sencilla". Una opción en el chorro nuevo de la creatividad pero que después se complica y se altera, mutación de aspectos sobreviviendo inalterable el autor, su encaminamiento que sólo reside en lo que es uno, en singular y nada más. Sin pluralidad posible al tratarse de una vida-obra importante y en contradicciones agudizadas de calidad.

En Juan Ramón Jiménez, en la divinización, en lo divinizado, nadie puede permanecer en la calle, esperando a que se abra la puerta. Hay que abrirla, lográndose con relativa facilidad. Por lo pronto, es urgente e indispensable el trato inmediato. Lo requiere esa desnudez, esa dualidad de todos los sentidos, la dominante de ser real, con el emblema de cuerpo y espíritu. No es falsa religiosidad asexual. Y, subterráneamente, en todo español busca esa ternura. Con admiración. Con pudor. Del modo más humano. Esto es, sin paliativos de ninguna clase. La poesía, y la vida-obra también tienen sombra. Nos dejó escrito Rainer Maria Rilke: somos las abejas de lo invisible. Exacta situabilidad, rítmica situación: la poesía, es invisibilidad. En su bio-poética, en su marcha escudriñadora, en su expresividad. Tiempo y vida o sueño y muerte en floración constante de esplendor majestuoso. Fluyente energía de lo hermosamente lleno de luz, de lo iluminado. Esa es la palabra de poesía en Juan Ramón Jiménez. ¿Por qué, a veces, olvidarlo, por qué azorarse ante la total y desparramada belleza, escrita y vivida casi como ejemplo, para mejorar los días y las noches del universo sensible de la gente, de sus andaluces de Andalucía la Baja y de cualquier hombre ávido de hallar fuente solar o nocturna de luz, la luz que necesariamente arde y crece en la interioridad?

Himnos o arias o salmos o elegías, la palabra juanramoniana se interroga en "Estío", de 1915 (poema n.º 31):

¿Cómo una voz de fuera  
llega a ser nuestra voz  
y hace decir sus cosas  
a nuestro corazón?

¿Nuevo simbolismo, nuevo romanticismo? ¿Y por qué no podría serlo? De todo hay en las viñas del señor, en las cepas juanramonianas. En las estrofas suyas vibra, ante todo, el amor, exigente ansia, su luz sin freno y sin tapujos.

Los sueños, la armonía de dentro y fuera fundiéndose en los ojos abarcadores y en los sentimientos aglutinadores, siendo manantial la muerte como madre primitiva, siendo aletear de palomas la belleza, cuerpo y espíritu en sus inaplazables bodas divinizadoras, acaso llameantemente dentro del sentido místico de lo natural y de lo terrestre. Sirvan dos estrofas como ilustración de ese caminar juanramoniano (algo machadiano asimismo, dicho sea de refilón):

Morir es solo  
mirar adentro; abrir la vida solamente  
adentro; ser castillo inexpugnable  
para los vivos de la vida.

(en "Leyenda", CUPSA, Madrid, 1978, p. 511)

¡Sueño, muerte,  
hermanos míos invisibles,  
hermanos en lo más profundo,  
hermanos en la nada!

(en "Poesía", poema n.º 82)

No hay orfandad en la vida-obra y en la voz de Juan Ramón Jiménez, alianza entre lo temporal y lo eterno, el cántico como ondas del río, en sus pasos sucesivos, fluir de luz invasora, penetrante, adueñándose de sombras.

En la creatividad que aspira a la amplia irradiación de luz siempre surge una interpenetración de enfoque y de sensibilidad. Juan Ramón es personificación del sur, el litoral soledad moguerense. Así fue en su vida-obra, y así fue en Albert Camus. Palabra lírica, con hechizo divinizador y, por ende, divinizado. Efecto bumerang. Palabra habitable por el hombre ávido de magia cotidiana y terrestre al par que eterna y cósmica. Palabra habitada por la luz. Poesía de lirismo arrebatado, salmodiada e himnicamente. Anhelante vida-obra de verdad total y sensual, la expresión del poeta-dios que no puede cesar de ser poeta-hombre. La estricta morada del poeta que se aprieta en interioridades y se vuelca en exteriorizaciones. Una idea poética inspiradora e inspirada, pero en nivel de humanismo esclarecido. Como si el poeta sumiese su papel de dirección global del universo, mirada de irradiante divinización solidaria, sin ausencia y sin huida:

Fuera  
aquí abajo estáis dormidos vivos pero muertos. Yo  
sueño en vosotros cantando con todo mi corazón.

...  
¡Eternidad! Unas vidas que viven su muerte. Yo  
os diera el dios de mi sangre...

(en "Leyenda", op. cit., p. 345)

No se olvide que Juan Ramón Jiménez estuvo como entregándose al sacrificio, hubiese dado todo por enriquecer o mejorar o salvar a las personas, por suprimir el dolor y borrar los tatuajes de las heridas. Ese corazón de "Leyenda" se halla asimismo en el poema "Octubre" (de "Sonetos espirituales") y simboliza anhelo de sacrificarse por amor y eternidad, el afán de divinizar todo en su metodología viva y práctica y anónima:

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,  
pleno de su sentir alto y profundo,  
al ancho surco del terruño tierno,  
a ver si con partirlo y sembrarlo,  
la primavera le mostraba al mundo  
el árbol puro del amor eterno.

El poeta, en su afán de gozarlo todo aún desvelándose, aun sacrificándose y compartiendo esperanzas, rehaciéndose en un todo inmortal, al fin y al cabo palabra mortal y terrestre de una autenticidad invisible: la poesía, “como un cuerpo gustoso con su corazón”.

Camino, encaminamiento, convergencia... La ansiedad primera y definitiva. Juan Ramón Jiménez escribió (en su poema “Espacio”, que dicho sea de paso conceptúo como la poética de la moderna poesía española) algo importantísimo y con pasmosa y altanera peculiaridad: “los dioses no tuvieron más sustancia que la que yo tengo”. Raíces, arraigo, primacía de los dones del poeta. Sería insensato no creer a pies juntillas lo que expresa el poeta. Una comunión, una comunidad, lo común del arranque inicial del destino. Parece decirnos, y nos dice: yo, poeta, soy de la misma sustancia que los dioses. No hay diferenciación, no hay dicotomía. El poeta es poder de divinización. Igual que un dios más. Por eso, diríase, su habla es concreto: mi voz es divinizadora y divinizante. Con luz antigua y actual y asimismo venidera. Es simbolización, con “Espacio” como estandarte, insisto en que refleja una poética de los nuevos tiempos, de las nuevas sensibilidades, una especie de bio-poética de la nueva luz. Algo que se asemeja a la esencialidad más honda y verídica. Sustancia y presencia de poesía como pregonante y lúcida vanguardia de la esencia de la conciencia. O sea, otra vez, las raíces, el arraigo, simbiosis de razón o irracionalidad. El gozo del misterio. O su sufrimiento. El poeta, al igual que los otros poderes-dioses, desperdigando soles y estrellas y lunas. En exigencia de sencillez y depuración, al divinizar la palabra, enseñoreándose de sus significaciones (el nombrar a las cosas) el poeta se otorga un poderío de luz irradiante, irradiación original (esto es divina, según el criterio juanramoniano) y siempre primera en su acción y en su sucesiva permanencia.

Pero, por si fuese poco, hay en Juan Ramón Jiménez un amplísimo campo visionario. Vistas así las cosas, ¿no cabe asumir esta poderosa y fluyente creatividad visionaria como si fuese la orientación epicentral y focal de una palabra de poesía llameante incendiadora, purificante en su brújula de desnudez? ¿No es una voz deificante e iluminadora en su andadura, en su semillero, en su sembradura, en su cosechar de poemas? Eso impulsa a que sea casi siempre ejemplar la vida-obra juanramoniana, dinamismo de luz y magia, irresistiblemente llena de sabiduría y belleza. Voz de fondo, tercamente anhelante. Trabajo del corazón gustoso. Palabra al desnudo. Oíganse y medítense las palabras finales de “Espacio” (en su versión en prosa): “Conciencia, yo, el tercero, el caído, te digo a ti (¿me oyes, conciencia?): Cuando tú quedes libre de este cuerpo... ¿te acordarás de mí con amor hondo...? Difícilmente un cuer-

po habría amado así a su alma, como mi cuerpo a ti, conciencia de mi alma... Dime tú todavía: ¿No te apena dejarme? ¿Y por qué te has de ir de mí, conciencia? ¿No te gustó mi vida? Yo te busqué tu esencia... ¿Y te has de ir de mí tú, tú a integrarte en un dios, en otro dios que este que somos mientras tú estás en mí, como de dios?"

La misma sustancia, la misma esencia, ser dioses en palabra de poesía. Eternidades sin narcisismo, ejercicio absoluto de espiritualización, de concienciación. Es decir, la luz, la palabra habitada por la luz. El tiempo está en el centro, en el manantial, en la interioridad.

Con tal enfoque y en la elección de sus soledades, se fue soñando y expresando una vida-obra singular, con intuitivo asombro y deleite para lecturas hermosas a nivel ahondador de poetas, analizando y sintetizando todo lo juanramoniano, verso y aforismos y ensayística y prosa evocadora, desde "dentro", en mismísima hondura de la comezón y vocación del poema. Adviértense las constantes iluminaciones, la rosa bien hecha (en sentido jorgeguilleano de "Cántico", el mundo primitivo de la creación, sin lo humano; el mismo Jorge Guillén, en el ABC del 11 de julio de 1981 ha dicho: "Este mundo del siglo XX está muy mal hecho").

La palabra de poesía juanramoniana como hontanar de intuiciones y de divinizaciones, y asimismo no siempre en luminosidad racional, este camino iba en contra de lo que defendía Paul Eluard (así me lo dijo en su casa, en París) quien quería que la razón imperase con hechizo exclusivo y temporal como compromiso de sus poemas y sabido es que eso le resultó a todas luces imposible. Del mismo modo, en Juan Ramón poematizar irradiando es adherirse a los sueños del hombre (seres de carne y hueso en lenguaje unamuniano y Juan Ramón no era fantasma, tenía cuerpo y corazón y misterio). También acogía lo onírico nombrando a todo, cosas y seres, como hacen los dioses. Recuérdese: "En realidad, el poeta es un nombrador a la manera de Dios. Hágase, y hágase porque yo lo digo" (en "Poesía cerrada y poesía abierta"). La voluntad del poeta como un dios en majestad. Sin endiosamiento, sino la similitud que admite la comparación: palabra nombradora, designadora, iluminadora. Fragmentaria, siempre; en añicos, siempre. Pero a sabiendas de que el mosaico se compone de teselas unitivas, y de que el espejo ofrece su visión unitaria al resquebrajarse en cada uno de sus añicos. Así en Juan Ramón Jiménez, unificante luz de lo efímero y de lo eterno. El ser de efusiones reales aunque secretas y más bien solitarias. La testimonialidad espiritual y socio-metafísica de la palabra de poesía. Y eso que nunca se convenció el poeta de poseerla íntegramente, de domarla a su albedrío, de conseguir ahondarse y adentrarse en todos los resquicios gracias a la luz admirable y hermosa de su lenguaje. ¿Es que puede quedar ultimada la palabra? ¿Lo está alguna vez en su armonía de semejanza de hombre y semejanza de un dios?

En Juan Ramón Jiménez había desesperación ante tales dificultades. El quería más y mejor. La desnudez total. La perfección completa. Intenciones de clarividente mirada, deseadora y ansiosa. Repetía, pulía, y nunca en lo relami-

do. La última elaboración (tenacidad del trabajo tras el destello maravilloso de la creatividad inicial) la consideraba siempre superior... mientras acaso iba a surgir una nueva modificación. Incorporación de poemas viejos a poemas nuevos. ¿No es fenómeno observable en Bach cuyas Pasiones, la de San Mateo y la de San Juan recogen cantatas anteriores y de menor vuelo? Ahí reside y ahí habita el ansia de perfección. En la palabra juanramoniana, como confesándose, tenemos varias redacciones de una misma idea y casi de idéntica expresión. Porque vivía insatisfecho en su vida-obra, porque insistente busca fue la suya, siempre. Veamos ese itinerario en tres momentos de palabra "aún no hecha". El poeta dijo en "Eternidades", 1918:

No sé con qué decirlo,  
porque aún no está hecha  
mi palabra.

Y en "Canción", 1936, volvió a lo mismo, torturándose en insatisfacción:

No sé con qué decirlo,  
porque aún no está hecha  
mi callada palabra.

Y en recogidos textos póstumos, en "Leyenda", 1978, se puede leer la meta juanramoniana más acabada, más matizada, más reunidora de divinización pese a la duda persistente, duda de uno de esos dioses obreros ante la obra:

No sé con qué decirlo, no sé con qué decirme, acción goethiana;  
porque aún no está hecha mi callada palabra.

¿No alcanzó el inmenso y abierto paisaje de la deificación creadora? Puede evocarse, como ya sugería, la realidad asimismo auténtica en Albert Camus. Se confiesa (en "Noces" suivi de "L'été") tal vez con orgullo muy espontáneo, ¿y con unas gotas de fatuidad? El texto es el siguiente: "ce soir, me voici dieu parmi les dieux". El encaminamiento consciente y sensual en existencia de plenitudes, lo que Camus adoraba: playa y amor y evasiones reales en la naturaleza de instintos y sentidos y en canciones. Pero para Juan Ramón Jiménez no me parece oportuna esa cláusula restrictiva. ¿Por qué tan sólo "esta noche"? Camus no era tan cabal poeta como el moguereno. Esa es la diferencia. Juan Ramón, siempre, estéticamente, terrestremente, expresivamente divinizador y palabra irradiante, era siempre dios, en albas y en noches, nombrar todo a semejanza del hombre y a semejanza de dios pero sin la menor interrupción. No me cabe la menor duda que es aspiración de todo poeta, y lo fue siempre en el autor de "Platero y yo", diálogo primerizo y duradero de la palabra de luz. Sí, siempre se expresó así, tanto honda y alta como terca y muy generosamente así como en raudales de belleza de la necesaria creatividad.

Ambos escritores, Juan Ramón Jiménez y Albert Camus son mediterráneos. La energía deificante y anhelante actúa con las verdades testimoniales del enraizamiento en la naturaleza, vida y sueño a la vez. El sur y el sol, una

geografía bendecida por los dioses, suele decirse. No se olvide: poetas con la misma sustancia de los dioses, por una noche (Camus) y siempre (Juan Ramón). Y en el lenguaje de poesía ocurre precisamente lo mismo. Una activa y asombrosa y deslumbrante hechicería. La magia misteriosa de los dioses del mundo. La repetida floración mágica de la palabra divinizante. Sin eliminaciones de tal o cual temática. Un universo iluminado, divinizado por la palabra de poesía. La escritura aleccionada por los dioses del viejo mundo mediterráneo, la lírica del paganismo y del misticismo, como se quiera. Una rotunda unificación. En ambos escritores, coincidencias, y hasta, acaso, idéntico encaminamiento. El misterioso quehacer poético, ya sea en verso ya sea en prosa. Es el mismo territorio, sin rayas fronterizas. Hay exigente búsqueda de luminosidad. Cuando se obtiene así, cuando (en ocasiones) la palabra no se calla y ya está hecha, en sus últimas consecuencias, esa voz de poesía es inmanente y trascendente. La ardiente lumbre de la poesía, y así lo era en Juan Ramón Jiménez, vibraba como ansia, como brazo extendido cual si fuese ala, las alas del vuelo, los brazos del hombre divinizador. Una rabiosa obsesión por lo deslumbrantemente absoluto, aunque haya sombras y penumbras como hay tibieza en la ternura del corazón más vivo, y eso es la creatividad suprema. Palabra de dioses. Palabra con luz anhelante encaminándose hacia la radicalidad absoluta, urgente y dominadora (por amor) de crear como un dios más, la esencia puesta en acción, crear en poesía como un dios más en la temática universal, real o inventada, vivida o soñada, tanto humana como cósmica. Esa creatividad no puede, nunca, ser "locura". Yo la veo como concienciación de una soledad divinizadora de eternidades. La desnudez y el éxtasis de momentos eternos. O, como escribió Juan Ramón Jiménez (en "La razón heroica") su palabra de poesía, en ansia anhelante, se expresa "en una sucesiva eternidad de eternidades". Diciéndolo de modo diferente: es la elaboración divinizada corrigiendo y puliendo y decantando hasta mejorar la visión total y dinámica de la creación.

Palabra de poesía en movimiento, al igual que lo ha dicho Octavio Paz, y casi ilusión o quimera y hasta utopía, ¿no es signo del poeta que se siente inspirado e iluminado en su trayectoria y con intensidad que sólo brilla en poetas como San Juan de la Cruz o Rainer María Rilke o Paul Eluard o Saint John Perse? Poesía en plenitud de sensibilidad visionaria y, hasta ahora, dentro del panorama poético español, asombrosamente única e irrepetible. Esa sensibilidad juanramoniana, tan iluminante y tan incendiadora, ansiosamente deseante de captar para siempre el nombre de todo, y así se lee en el poema "A un poeta" (de "Poemas impersonales", 1911):

Creemos los nombres.  
Derivarán los hombres.  
Luego, derivarán las cosas.  
Y sólo quedará el mundo de los nombres,  
letra del amor de los hombres,  
del olor de las cosas.

Del amor y las rosas,  
no ha de quedar sino los nombres.  
¡Creemos los nombres!

Así es la específica misión de la palabra de poesía juanramoniana, luz nombradora que se siente iluminada y por ello mismo se proyecta en todo con sentir iluminante. Palabra de poesía en incesante fluir de descubrimientos y de divinizaciones. Las sucesivas "mudanzas" de su poesía con la inalterable esencialidad del poeta-hombre, del poeta-dios. Creatividad dentro y fuera, en lo más desnudo, en lo visible y en lo invisible, lo misterioso y lo mágico en gavilla reunidora de expresión racional o irracionalmente intuida y cosechada en las estrofas del poema. La expresión abarcadora y total de sus estaciones que le asedian y no cesan. La conquista de la nombradía en expresión total, en estación total, en luz total.

Se puede rastrear sin dificultad en el encaminamiento juanramoniano desde la infancia a la madurez con una juventud activamente actuante y nombrante. La palabra de su poesía hasta llegar a ser "el nombre conseguido de los nombres". Atizando con leña la hoguera, quemándose por completo (cf. "Quemarnos del todo"). El fuego sucesivo, el poeta sucesivo, los años de atinada tarea creativa. Cítense casi como en caótica cristalización de luz algunas estrofas de "Dios deseante y deseado", fragmentos complementarios y convergentes de la luz diseminada tras la impaciente búsqueda:

¡Qué tiempo el tiempo! ¿Se fue con el niñodios huyendo?  
¡Y quién pudiera ser siempre lo que fue con lo primero!  
¡Quién pudiera no caer, no, no, no caer de viejo;  
ser de nuevo el alba pura, vivir con el tiempo entero,  
morir siendo el niñodios en mi Moguer, este pueblo!

...

Dios del venir, te siento entre mis manos,  
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa  
de amor, lo mismo  
que un fuego con su aire.

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,  
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;  
eres igual y uno, eres distinto y todo;  
eres dios de lo hermoso conseguido,  
conciencia mía de lo hermoso.

Avívase la fosforescencia divizante de "Espacio", y traigo a cuenta sus poderosos ramalazos, siempre luminosos y meditadamente misteriosos: "Yo tengo, como ellos (los dioses) la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir. No soy presente sólo, sino fuga raudal de cabe a fin... ¿Quién sabe más que yo, quién, qué hombre o qué dios puede, ha podido, podrá decirme a mí qué es mi vida y mi muerte, qué no es?". Todo se aclara en Juan Ramón, y

acaba en su fragmento primero: “¡Todo es nuestro y no se nos acaba nunca!  
¡Amor, contigo y con la luz todo se hace, y lo que haces, amor, no acaba  
nunca!”

## II

La metodología a priori, o a posteriori, ¿tan indispensable es al plantearse la obra-vida juanramoniana que está siempre en el meollo, en la unidad central y focal de la divinización? De cualquier modo, fuere como fuere, o proclamando postulados o deduciendo afirmaciones, la palabra de poesía de Juan Ramón Jiménez se halla en su sitio fiel e indesplazable. Es, por lo menos, como yo la siento y la vivo y la comparto. Desde ahora y desde siempre con “Plateo y yo” y con “Diario de un poeta recién casado” hasta la más reciente poematización, la más cercana a nuestros latidos de hoy, a nuestra sensibilidad en la sociedad actual, española y universal.

Un irlandés, premio Nobel de 1923, William Butler Yeast, ha escrito fórmulas que contienen prioritariamente el impulso de la creatividad en poesía. He aquí algunas de ellas, entresacadas por su deslumbramiento y que se unen a las tormentas de la interioridad juanramoniana:

— “Un poema tendría que tener su propia ley, como una planta, como un animal salvaje.”

— “...este incesante ensueño respecto al vivir y al que damos el nombre de sabiduría”.

— “Año tras año el poeta intenta ordenar el desorden de su espíritu, y ahí es donde de veras reside la verdadera impulsión creativa”.

¿No hay proyección hacia el ansia inacabable o incansable del poeta de Moguer? Ahora, con estrofas de “Hacia la estación total” (la n.º 2, de 1923-1936) loamos la semilla divinizadora:

La eternidad es sólo  
lo que sigue, lo igual; y comunica  
por armonía y luz con lo terreno.

Entramos y salimos sonriendo,  
lentos los ojos de totalidad,  
de la tarde a la eternidad, alegres  
de lo uno y lo otro. Y de seguir,  
de entrar y de seguir. Y de salir...

(Poema 14, “Lo que sigue”)

El hombre  
debiera poder ser lo que desea,  
debiera poder ser en la medida  
de su ilusión y su deseo.  
Entonces yo sería tú, que eres tú mismo,  
que eres lo deseando del total deseo.

(Poema "El nuevo mar", parte "y 8")

El hombre, sus múltiples caras de la esencialidad. Palabra de polifonía, y lo exigía y lo sigue exigiendo lo universal. Dimensiones de fuego tensamente desnudo. La creatividad del poeta-hombre, del poeta-dios. Y por decirlo con el aliciente juanramoniano: "ese instante en que la sencilla rosa sublime y difícil del buen gusto, la tentadora clidad única, acaba por enbelesar para siempre, por clavar ante su desnudez, como una bandera conciente de amor, de dicha y de luz, al divino artista humano" (en "Españoles de tres mundos", texto 54, "Benjamín Palencia").

La expresividad divina. Así, la poesía juanramoniana, ávida y radiosa en sus divinizaciones, asimilándose las potencias que a lo divino se atribuyen. Es la transparencia de lo primero, de lo hondo, de lo alto, de lo luminoso. El poeta, emparentado con su ansia, en su afán insaciable de llevar la luz a y por todas partes, con platonismo o con sustancia de dioses.

No puede aparecer como sospechosa tal orientación del quehacer poético y poemático de Juan Ramón Jiménez. No lo es, no pudo serlo: la terquedad del poeta fue esa ambición en ansia fiel de plenitud y desnudez y eternidad. ¿Cabe mayor expresividad de la palabra, tan apasionadamente subjetiva en sus divinizaciones de cualquier tema? Me limito, como justificación, a recordar lo que dijo Baudelaire: "Pour être juste, c'est à dire pour avoir sa raison d'être partiale, passionnée, politique, c'est à dire faite à un point de vue exclusif, mais au point de vue qui ouvre le plus d'horizon". ¿Quién se le ocurriría negar que la obra de Juan Ramón por su luz y su quemazón abre ampliamente horizontes y se cueñá por las rendijas oscuras de la vida y del sueño?

Pasión insaciable, niño-hombre y niño-dios de los caminos del poeta, ¿son textos de acompañamiento para su realización impresa? ¿No bastan los poemas tal como se fueron escribiendo y publicando?

Acúdase a una referencia que, en lo aparente, es exterior a la experiencia juanramoniana. Leyendo un ensayo del galo Maurice Blanchot ("Le livre à venir") caí sobre Antonin Artaud y sus aventuras en lo literario. Ahí se dice (página 45) que Artaud envió unos poemas a una revista. Se le contestó, con la debida corrección, como sucedía y suele suceder, que no parecían lo suficientemente "hechos y maduros". Al insistir el autor, surgió una correspondencia con el crítico. Se trataba de Jacques Rivière (muy relacionado con Alain Fournier y su novela "Le grand Meaulnes"). Rivière acabó por admitir que los poemas sólo se podían publicar junto con cartas de Artaud en donde explicaba su necesidad de haber escrito tal como los escribió aquellos textos poéticos. Se

adivina que era su poética. Intenciones y logros del autor. Así, como ejemplos y testimonios se iban a publicar algunos fragmentos de poemas a causa del relato experimental que los acompañaría. ¿Mayor interés en los poemas? ¿Mayor significación en la poética? Poniéndonos en ese nivel, sopesando y equilibrando lecturas (la poemática, la poética y la crítica) ¿no se llega a admitir la realidad de la poesía porque su vigencia y su querencia se completan y hasta se aclaran —y, de hecho, se “encuentran” y se significan en interpenetración— mediante esos lazos y alianzas? Es un papel fundamental, ¿no se admite como indispensable la idea directora y la aclaración bio-metafísica del quehacer sucesivo y lúcido del poeta?

Eso, que para mí es válido en uso y consentimiento general del poeta ante su obra, pensándose en Juan Ramón Jiménez, ¿sería oportuna y atinada una poética de acompañamiento exponiendo intenciones que se emparejan a las composiciones poéticas? Para mí, siempre serían necesarias. Nunca cesó de hacerlo el moguereno. Completándose. Desnudándose. Sucesivamente y con pasión el poeta se ilumina por dentro y por fuera. Siempre redactó notas y aforismos y también algunos poemas o fragmentos de poemas que subrayan palpablemente la lucidez de su empresa y que son tanto su esencia como su autenticidad como su enraizamiento: es poética, es bio-poética, es arte poética de apasionante y apasionada exigencia. A mí, muchas veces lo he pensado, se me ocurre que resultaría excelente y luminosa hacer una edición que yo llamo “páginas comparadas” y que consistiría en ir poniendo en la misma hoja abierta a un lado el poema (o en varias páginas, una serie de poemas) con la correspondiente poética enfrente, o al lado como se quiera decir. ¡Qué admirable enjuiciamiento, realizado por el poeta, entre poema y arte poética!

Mientras, en espera de ver algún día esa edición que tanto me hace soñar, entresacándose algunos focos luminosos de su divinización, recuérdese ante todo la primera estrofa de “Mi reino” (en “La estación total”):

Sólo en lo eterno podría  
yo realizar esta ansia  
de la belleza completa.

Y también en ese libro, respectivamente, los fragmentos de intacta singularidad de la interioridad divinizante, los números 28 y 50:

¡Cómo aprendemos a morir  
en ti, sueño!  
¡Con qué belleza majistral  
nos va llevando —por jardines,  
que nos parecen cada vez más nuestros—  
al gran conocimiento de la sombra!  
¡Crearme, recrearme, vaciarme, hasta  
que el que se vaya muerto, de mí, un día,  
a la tierra, no sea yo...  
¡Y yo, esconderme

sonriendo, inmortal, en las orillas puras  
del río eterno, árbol  
—en un poniente inmarcesible—  
de la divina y mágica imaginación.

Los territorios iluminadores. La luz en lo eterno y lo completo. Duradera y venidera divinización. Acude la “aparente” y apacible reflexión juanramoniana que figura como prólogo al poema “Espacio”. Leamos, es documento de ansiante arte poética:

“...toda mi vida he acariciado la idea de un poema seguido... sin asunto concreto, sostenido sólo por la sorpresa, el ritmo, el hallazgo, la luz, la ilusión sucesiva, es decir, por sus elementos intrínsecos, por su esencia. Un poema escrito que sea a lo demás versificado, como es, por ejemplo, la música de Mozart o Prokofieff, a la demás música; sucesión de hermosura más o menos inesplicable y deleitosa. Que fuera la sucesiva expresión escrita que despertara en nosotros la contemplación de la permanente mirada inefable de la creación: la vida, el sueño o el amor.”

Divinización, luz en la palabra de poesía, en la mirada inefable de la creación. Aquí se subraya el encaminamiento del poema, es bio-poética (o vida-obra), es arte poética del trabajo poemático. Luz palabrera y sembradora en desparramada luminosidad. Creación en su eficacia simbólica, creación en su esencialidad divinizante, y yo la veo como uno de esos escritos en majestad de las iglesias románicas primitivas, desnudez y sencillez que orienta y guía con el imperio de su misteriosa luz. Los calificativos se van acercando al tuétano de testimonialidad incendiadora del poema. Esencia actuante y divinizante. La palabra de poesía juanramoniana como derrame primero y asimismo proseguido de luz y de hermosura. Al fin y al cabo, la originalidad de lo divino, del dinamismo de los dioses: lo más sentido, lo más intuido, lo más sembrado, lo más distribuido, lo más ofrecido, el intenso y persistente afán de darlo todo, eterna y universalmente. Entregándose con los poemas a la sensibilidad de los hombres, ofrenda de poesía desnuda y preocupada por la vida terrestre, el puro deseo de conseguir socio-poéticamente una especie de divinización de lo popular, algo así como una salvación de lo mejor del pueblo. Y tal vez haya ahí una relación de problemática española, tal como la entendió Antonio Machado. Un derrotero de palabra habitada por lo luminoso, divinizando en Juan Ramón Jiménez, humanizando en el autor de “Campos de Castilla”.

No quitemos el terreno de lo poemático. Siempre lo bio-poético juanramoniano, su vida-obra como a él le gustaba calificarla. Vayamos a “Caracola”, revista malagueña de poesía. En sus números 18 y 20 correspondientes a abril y a junio de 1954 se dieron textos en prosa con rica significación de arte poética. Todo es importante, pero entresaco lo siguiente:

“...la poesía es anterior a todo... cumpliría con el carácter misterioso y encantador de Platón humano y divino. Divina es toda la vida, porque divino quiere decir original; alada es toda la vida, porque el mundo vuela

por el espacio; y graciosa es toda la vida, porque todo es puro milagro en la vida... para mí la poesía es algo divino, alado, gracioso, expresión del encanto y el misterio del mundo.”

Todo, absolutamente todo, está en su lugar, ocupando su puesto de poema y de poética. El poeta supo acertar, lo dijo certeramente. Su palabra de poesía es divinización, tiene alas y aletea por los espacios visibles e invisibles, posee magia y toda la gracia del mundo (no es sino su Andalucía universal), es una palabra de poesía que hace luminoso e iluminado el misterio de los hombres.

¿Hay urgencia en otras dialogaciones, en ir buscando más interrelaciones de poema y de manantial en el tiempo humano y eterno de sensibilidad y de intuición y de emoción y de pasión del poeta? No lo creo tan necesario. No cité las razones del entendimiento y Juan Ramón también las tiene, como todo poeta abierto y humano-divinizante. Un haz que fusiona convergencias de la totalidad humana, lo total en “estación” y también en “luz”. La armonía y la plenitud, en penetrante atmósfera de lo pasmoso, de lo desnudo, de la animosa divinización de la existencia bio-poética, esto es vida y poesía íntegra y esencialmente unidas.

Nombrar las cosas en identificación de hombre terrestre y eterno. Es como si el poeta se apropiase de las capacidades (diferentes y complementarias) de la creación y de la creatividad. Una labranza sin errores. Una fructificación. Tras todos los trabajos, la floración, la cosecha de oro, esto es, la luz en sazón y dispuesta a ser utilizada en favor del amor y de la belleza.

Acúdase de nuevo a “La estación total”, al poema “Su sitio fiel”, trilogía reunidora de todo pero con las constantes de amor, belleza y conciencia. Es la suprema concienciación de la palabra, la mirada divinizadora de su luz:

Las nubes y los árboles se funden  
y el sol les trasparenta su honda paz.  
Tan grande es la armonía del abrazo  
que la quiere gozar también el mar,  
el mar que está tan lejos, que se acerca,  
que ya se oye latir, que huele ya.

El cerco universal se va apretando,  
y ya en toda la hora azul no hay más  
que la nube, que el árbol, que la ola,  
síntesis de la gloria cenital.  
El fin está en el centro. Y se ha sentado  
aquí, su sitio fiel, la eternidad.

Es como un paisaje lleno de luz, el trono se ofrece a la mirada, al niño-dios y al hombre-dios. Descanso en el encaminamiento, acaso, pero a sabiendas de que el poema (la palabra de poesía) llega a su final único y focal. Orientaciones de cuanto es consustancial a la poética y al texto poemático. Eso vino

a decirlo Mallarmé: "Toute chose sacrée et qui veut demeurer sacrée s'enveloppe de mystères" (citado por Gabriel Germain, en "La poésie corps et âme", Seuil, Paris, 1973, p. 119).

Tras tantas situaciones y lecturas de lo juanramoniano, me parece ver en su obra que todo es deidad, mirada de luz, divinización de todo, inmensa ansia estética y eternamente humanizada y humana, acercamiento a algo siempre importante o ineludible, enriquecedor y desnudo. Y que, con sus textos (verso y prosa) es signo de encaminamiento. Sentir, soñar, cantar. Un esfuerzo tenaz, que nunca es meta definitiva y sosegadora, que siempre es caminar, la palabra de poesía que se hace más intensamente poema al poematizar, al ir desbrozando caminos y orientándose hacia la luz, casi en la acepción machadiana más cabal, más diáfana.

Esta poesía juanramoniana la veo como acción divinizante en triple actuación (siendo ortodoxa y heterodoxa en la misma gavilla de espiga y tragal, espejo unitario de mil añicos convergentes) de sus anhelos y vuelos: lo deseante, lo deseado, lo deseador. Enfoque trológico que se afianza en semillas de eternidades, en muchos símbolos, porque la divinización además de original y de irradiación luminosa, es una desnudez, una voluntad, una difícil y exigente categorización de lo intelectual, una elaborada depuración y una ardiente decantación de categorías sensibles y mentales del poeta. Es, ya lo he dicho en otros sectores de mi trabajo, una concienciación de luz que se irradia y se ejercita como una ofrenda.

Palabra de poesía divinizante, la omnipresente obsesión divinizadora. Moradas del vivir y del morir sin dejar nunca de soñar. Los dos polos: se nace, se muere. Proyección de lo divino aquí abajo, sobre la tierra, con corona de nubes del cielo y espuma del mar, esencia y existencia en lo terrestre. Es la residencia del poeta. Es lo confesado por Juan Ramón Jiménez: "Con la belleza hay que vivir —y morir— a solas". Y eso otro, tan representativo de sus preocupaciones, de sus caminos y que el poeta enarbolaba como una bandera que él, como primer combatiente, defendía: "Mi vida interior, la belleza eterna, mi obra."

Poética sin remordimiento. Arte poética sin huida. Bio-poética para una poesía. Ahí permanece vivita y coleando su vida-obra. Luz y eternidad de la belleza. La soledad sin torre de marfil peso a las muchas apariencias. Aquella divinización de lo más secreto, del yo de los más dentro, de la vida desnuda de la poesía. La transparencia del misterio, clarificándose más y más. Es el conocido poema 5 de "Eternidades", la intuición creadora y despojadora de inútiles ropajes, de cansinos oropelos, de innecesarios abalorios.

Vino, primero pura...  
Luego se fue vistiendo...  
La fui odiando sin saberlo...  
Mas se fue desnudando...  
Y apareció desnuda toda...

¡Oh pasión de mi vida, poesía  
desnuda, mía para siempre!

Arte poética que sustenta, mágicamente, arraigadamente, la palabra de poesía juanramoniana. Lo hace en ahondamiento de todo, el ser y el cosmos, la intuitiva y razonante conciencia del hombre en su tiempo de mundo eterno y sin trabas. Acaso sea la máxima idealización de las adivinizaciones y de las divinizaciones, esfuerzo sostenido del quehacer sufrido y jadeante del poeta día tras día, su actividad soñadora en lo devorante y en lo divinizante, éste es, árbol y arboleda absolutamente en todo ya sea vergel o vega o paramera o desierto. El éxtasis, suprema consagración de la interioridad nombradora y nombrante. Una posibilidad estética de luz completa e irradiante, fuente total y posesora de "conciencia de hondo azul del día", como el poeta escribe en "Conciencia hoy azul" (de "Animal de fondo").

Al divinizar luz y belleza y eternidad, Juan Ramón Jiménez logró con sus mutaciones alentadoras la máxima plenitud de ser y estar (gozo y dolor en éxtasis y, asimismo tal vez, salvación, experiencia salvadora).

Los fines de su escritura no escondían psicosis alguna, tan sólo prestigiar y homenajear al corazón más misterioso y alabado del hombre.

Poesía y poética que, necesariamente, acarrearán una rica diversidad temática. Pero siempre en los mismos paisajes de lo sensible y de lo soñado. Mirada vislumbradora, y en resumidas cuentas, Juan Ramón Jiménez se adentró en todo, en la gama del mundo que se siente y se contempla y también se sueña, divinización soñante, viviendo y soñando como dice el poeta al estilo del habla popular de su anhelante tierra andaluza. Realización temática con puntos más marcados que otros, trabazón espiritual y sensual de la existencia esencial, acaso en dominante panteísta y no acendradamente unideísta en lo clásicamente religioso. Lo abiertamente incendiado por amor, dentro de la igualdad de sustancia de dioses, y pese a las lumbres y ascuas que se evocan en otro poeta de similar empuje arrebatado y lírico, me refiero y fácilmente se adivina que se trata de la encendida y mística potencia de canto amoroso de los versos de San Juan de la Cruz. La palabra de poesía en su brotar con inminencia y con inmanencia. Expresión en ritmo de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro como ritual y decisiva divinización tanto en sensaciones auditivas como táctiles, tanto en mirar como en pensar, tanto en sufrir como en gozar, y formándose así hermosas y audaces ramilletes poemáticos de lo sensualmente imaginado, asumido y a pesar de los pesares intensamente conocido en pureza de realidades.

Emergen direcciones del poematizar juanramoniano, o encaminamientos de su sentir si así se prefiere, que pueden situarse en parcelas muy concretas, como por ejemplo: belleza, luz, mar, eternidad, árbol, plenitud, desnudez, río, flor, pájaro, tarde, mañana, colores, cielo, tierra, besos... Y, en todo, una sublimación fervorosamente divinizada. Magia de la palabra de poesía juanramoniana que acaso nada tenga que ver con el misticismo obediente e ilusionadamente místico y deliberadamente monoteísta. La sustancia del poeta es más

desgarrada, más disuelta, más luz sin dominios tajantemente espirituales. Es más, mi convicción es que eso le “cae” mejor al poeta que “lo otro”.

Trascender, inundándose, ahondándose, empapándose de belleza humano-cósmica, lo bello y lo desnudo y lo pleno como trayectoria permanente, atracción de imán o de diamante o de fuego desde fuera y desde dentro, vivir hasta sentirse llamado y atraído, hasta sentirse invitado y encaminado. Puede que eso sea lo dicho en el poemario “Piedra y cielo”:

Eternidad, belleza,  
sola; ¡si yo pudiese  
en tu corazón único, cantarte,  
igual que tú me cantas en el mío,  
las tardes claras de alegría y en paz!

El poeta no vivió en amplios sosiegos, no siempre fue su vivir gozo apacible, sino autenticidad de un ser inquietamente torturado por una siempre urgente quemazón de escribir, por sus crisis de exigencia poemática, azotado por el invierno cruel de vientos interiores, una aventura humana en trance de búsqueda de poesía. No podía estar inactivo y era como ser antológicamente subordinado a sus mandamientos de poesía. Ardor, fervor, hoguera. Pero belleza y luz y tiempo con admirable estética; no creo que se plasmase (algunos lo han pensado así) en ejercicios de esteticismo, en preciosismo helado, la nieve de lo más gélido. Eso es incierto. En Juan Ramón Jiménez arde su vivir: llamas del ser y de su palabra. Por eso, precisamente, hay divinización, entrega, sacrificio, ofrenda, y sin pretendidos aprovechamientos de esto o aquello o lo de más allá. Su consigna, como hiedra trepadora, siempre fue “la eterna plenitud desnuda”, o la belleza siempre buscada en los espacios del tiempo. Recordemos aquí, de “Tercera antología”, p. 851:

Cuando todos los siglos vuelven,  
anocheciendo a su belleza,  
sube el ámbito universal  
la unidad honda de la tierra.

Entonces nuestra vida alcanza  
la alta razón de su existencia:  
todos somos reyes iguales  
en la tierra, reina completa.

Un reino de dioses y reyes, ¿cabe mayor interpenetrante solidaridad en los sentimientos y en la sensibilidad? Claro que el poeta pensó en la inmensa minoría. Existir y amar. Divinización de lo amoroso, ansiedad natural y recomendable, salvación por el gozo en tiempo eternamente terrestre, terrenal, esencia y esencialidad en la sustancia que iguala, que nos iguala. Es el poema “El ausente” (de “Canciones de La Florida”):

Aire azul con sol azul,  
pozo de absoluta luz

con brocal de peña nueva,  
a tu fondo mi ser vuela  
inflamado de alcanzar  
la alta profundidad.

Yo sé bien que fui creado  
para lo hondo y lo alto,  
que vivo en una estación  
en la que sólo el amor  
puede enardecer el ansia  
de la profundidad alta.

Idealización de la palabra de poesía, luz-amor, ansia encendida, arte poética en palabra de poesía con la religiosidad original más enraizada, alucinando al poeta para siempre en lo hondo y en lo alto, en lo trascendientemente sentido y añorado y sin cesar perseguido y proseguido:

¡Qué lucha, en mí, entre lo completo y lo perfecto!

Ahí se plasma, empecinadamente, lo tenso del poematizar, y entre completar y perfeccionar surgen bellezas, fuegos naturales y artificiales, es rotundo bienestar soñado y soñadamente necesario, es encaminamiento de acción divinizante, el poder de nombradía que encandila los ojos más misteriosos de la divinización.

Niño-hombre, niño-dios, hombre-poeta, hombre-dios, dejándose quemar, suprema exigencia que vuelve al tapete en "Quemarnos del todo" (en "El trabajo gustoso", Aguilar, 1961, pa. 189): "Nuestra felicidad me parece a mí que está con el buen uso que hagamos del tiempo y el espacio en que nos ha confinado nuestro destino... En este mundo nuestro tenemos que quemarnos del todo... Que ningún dios creador o creado aceptaría a los que no hubieran cumplido plenamente con su vida..."

Orígenes conciliadores de la religiosidad sensible del poema, el poeta autoanalizándose como si fuese "el horizonte recogido" (poema "Desde dentro", en "La estación total") y en alianza con lo que ahí se subraya, esto es, "lo infinito está dentro". Interioridad de lo esencial, de nuevo la asimilación a un dios entre los dioses. El poeta se apropia de la temática de divinizaciones y lo expresa con ansia de nombrar el nombre exacto de las cosas:

En las palmas canta un dios  
con pico de hombre.

Seguro que sin irreverencia alguna podría trastocarse ese fragmento poético del modo siguiente:

En las palmas canta un hombre  
con pico de dios.

Caminos confluyentes, la testimonialidad manifestada en ambos enfo-

ques, lo humano y lo divino. Camino asimismo metafórico en sus ambiciones, polideísmo con esencia estética, demostrando muy a las claras que el poeta quisiera encontrar un dios posible por la poesía". Son excitaciones de sensibilidad y de creatividad, lo que el propio Juan Ramón Jiménez califica como fases o etapas. Lo escribe en "Notas" a "Un animal de fondo", y me parece que pueden ir situándose así:

1. éxtasis de amor;
2. avidez de eternidad;
3. necesidad de concienciación.

Se advierte que siempre hubo trabazón de esos tres componentes motivadores de quehacer poéticos, son otras tantas etapas que aunaban y entremezclaban todo. Es divinización descubierta, al desnudo. Hay la simultaneidad de sus raíces y de sus sueños. La palabra de poesía es haz, gavilla, ramillete, racimo. Lo que por fuerza, ateniéndonos a lo juanramoniano, se expresa en divinización tanto poéticas como poemáticas. El poema y su arte poética direccional. Y ahí se observa la sustancia metafísica que busca y siente y escudriña entre racionalidad e irracionalidad. Es una problemática generalizada en cualquier poeta. Pero que alcanza relieve singular en la obra de Juan Ramón. Esa vigencia lírica de identificación humano-cósmica se subraya acertadamente, con vigor de amor ardiente y divinizante, en el poema "Libre de libres" (de "Romances de Coral Gable"):

¡La vida, la vida vida  
de un ascua, sin consumirse!  
¡Que yo lo aspirara todo  
en mi combustión sublime!

¿La redención por el brío de fogatas? Todo sería posible. Inmolación en y por el fuego devorador y hermoso de las palabras. Incendio y su correlativa incandescencia en afanes de poesía investigadora y dialogadora, más o menos oscuramente iluminante y divinizadora. Humanizándose en el sacrificio, y rehumanizando todo si eso fuese necesario. Plasmación siempre coexistente, conviviente y asimismo convergente. La palabra que aún no estaba hecha, el ansia de instisfacción, la esperanza de conquista como ideal homenajante, el universo de la interioridad cuando se sentía iluminador e iluminado. La voluntad de obstinarse, sin redundancia alguna, y que recogen dos poemas brevísimos de "Poesía". Por una parte:

¡Voz mía, canta, canta;  
que mientras haya algo  
que no hayas dicho tú,  
tú nada has dicho!

Y por otra parte, la estrofa titulada "La obra":

¡Sí, para muy poco tiempo!  
Mas, como cada minuto  
puede ser mi eternidad,  
¡qué poco tiempo más único!

Nunca deja de afianzarse la urgencia exigente del poema, la obra viva junto a la vulnerabilidad de la existencia diaria. Es su "palabra justa y viva" que ya aleteaba impacientemente en el poema 49 de ese mismo libro, "Poesía", libro dedicado como se sabe a la inmensa minoría. Lenguaje de hombre-espacio, de hombre-tiempo, de hombre-luz. El poeta divinizante, individualizándose y universalizándose en la total y eterna plenitud. Eco directo es el poema "El todo interno" (de "Animal de fondo") y cito tan sólo:

El todo eterno que es el todo interno.

La palabra con alas abiertas, en "Dios deseante y deseado", organizando todo cuanto es y existe y se sueña (que también es existencia):

en el mundo que yo por ti y para ti he creado (poema 1)  
Tú me llevas, conciencia plena, deseante dios,  
por todo el mundo. (poema 3)  
Y tú eras en el pozo mágico el destino  
de todos los destinos de la sensualidad hermosa  
que sabe que el gozar en plenitud  
de conciencia amadora  
es la virtud mayor que nos trasciende,  
(poema 4)

Lo que arde y se comunica trascendiendo, conciencia de amor, perfecta y depuradísima esencialidad del amor divinizante, texto palpitante de los días en Santa Teresa de Jesús y en San Juan de la Cruz pero por otros motivos. La luz de la conciencia en viaje y vuelo, por aires y tierras, en lo juanramoniano; lo unitivo hacia una idea única y eliminate de todo, en los dos escritores tan intrínsecamente místicos.

Juan Ramón, epicentro terrestre y cósmico. Magia, intuición, misterio, ansia, desvelo, ternura, los ojos y los pies ante la vida que de los demás él contempla y analiza, la palabra, que se desmenuza para que sea semilla y con la consiguiente siembra, centelleante eternidad de la luz y de la belleza, día tras día, la obra-vida sometida a los razonamientos, a los ensueños, a las alucinaciones. Un universo de tajante invención. La soledad rica en su palabra de poesía que es un vivero de divinizaciones. Y que, al mostrarse resueltamente humano-cósmica y asimismo espiritualizada, acaso pueda alzarse y latir entre las muchas contradicciones y las numerosas paradojas del poeta de Moguer.

No parece poder aplicársele lo que escribió Alfred de Vigny, en su prefacio a "Cinq Mars"; lo copio, sin comentario alguno:

"A quoi bon qu'une théorie nous apprenne pourquoi nous sommes char-

més? Nous entendons les sons de la harpe; mais sa forme élégante cache les resorts da far.”

Sí creo que puede y debe aplicársele, a toda la construcción poética-poemática de Juan Ramón, como resonancia de su originalidad divinizante y de su presencia asombrosa, lo que Stéphane Mallarmé expresaba así:

“Je balbutie, meurti: la poésie est l’expression, par le langage humain ramené à son rythme essentiel, du sens mystérieux de l’existence. Elle doue ainsi d’authenticité notre séjour et constitue la seule tâche spirituelle.”

En esas estamos, clarividente sangre de la creatividad. Juan Ramón Jiménez obedece al imán misterioso y hechicero de la poesía con ese diálogo de búsqueda y de autenticidad. El poema, con su arte poética, inmensa fuerza solar. La horadación que logra la luz divinizadora de Juan Ramón Jiménez. Según mi modo de ver y sentir es el caso más evidente de toda la poesía de idioma español a lo largo y a lo ancho de sus siglos de historia.

**Jacinto-Luis Guereña**